

TÜRCKE, Christoph: *Hyperaktiv! Kritik der Aufmerksamkeitsdefizitkultur*, Munich: Beck, 2012, 123 págs.

Desde hace años, los trabajos de Christoph Türcke son una referencia fundamental para los interesados en la Teoría Crítica, no sólo como un corpus de autores más o menos relevantes del pasado, sino como una tradición teórica viva que sigue permitiendo pensar el presente. Sus libros *Erregte Gesellschaft. Philosophie der Sensation* (2000), *Vom Cainzeichen zum genetischen Code: Kritische Theorie des Schrifts* (2005) y *Philosophie des Traums* (2012) ofrecen una buena muestra de lo que puede ofrecer un trabajo que recoge las contribuciones de los grandes “clásicos” de la tradición crítica (sobre todo Freud y Adorno, pero también Benjamin, Horkheimer y Marx) y retoma las tareas irresueltas que nos han legado, poniendo así de manifiesto también la actualidad de sus planteamientos – sin esconder por ello sus insuficiencias o los momentos que deben ser revisados a la luz del presente.

El libro que nos ocupa, *Hyperaktiv! Kritik der Aufmerksamkeitsdefizitkultur* (*¡Hiperactivo! Crítica de la cultura del déficit de atención*), supone una contribución especialmente significativa desde el punto de vista de la relación entre teoría crítica y educación. Se ocupa de un fenómeno que afecta a cada vez más niños y jóvenes de las sociedades avanzadas e hipertecnologizadas, y que generalmente se cataloga como “enfermedad”: el trastorno de déficit de atención o hiperactividad (TDAH). Pero el modo en que aborda el problema permite distinguir claramente el planteamiento de una teoría crítica de las afecciones psíquicas del de una teoría tradicional, que hoy podría ubicarse en los modelos de la neurobiología y de cierta psiquiatría. Mientras que estas aproximaciones intentan buscar la “causa” de la hiperactividad en el estudio neurofisiológico del cerebro, formulando hipótesis como la de que el origen de este “trastorno” está en la falta de dopamina –que fue lo que llevó a tratar sus síntomas con Ritalín–, el planteamiento de Türcke no se contenta con esta perspectiva. No sólo porque en la mayoría de los casos diagnosticados de TDAH no haya señal de anormalidad cerebral alguna, sino porque su análisis se niega a tomar esta sintomatología como un hecho consumado que habría que “gestionar”, catalogándolo en el manual de disfunciones psíquicas para intentar tratarlo de forma más o menos efectiva. El interés que mueve al autor es, ante todo, entender de dónde viene esta sintomatología y cuáles son sus implicaciones de largo alcance; porque solo insertando este fenómeno en una perspectiva más amplia podrá entenderse lo que está realmente en juego.

El llamado síndrome TDAH, que comienza a tematizarse en los años 70 y que remite a un comportamiento cada vez más extendido, es para Türcke ante todo un

síntoma que exige analizar cómo las transformaciones socio-culturales recientes afectan a los individuos. El interés de su planteamiento estriba en que pone de manifiesto cómo esa creciente inquietud motora, unida a la dificultad de concentrarse, revela problemas de gran calado en términos culturales y antropológicos. La hiperactividad afecta a niños y jóvenes que cada vez tienen más dificultades para concentrarse, que “no se detienen en nada, que no tienen constancia alguna, que interrumpen de repente cada juego, cada conversación y cada contacto amistoso sin que haya un motivo claro para ello” (pág. 11). En este contexto el diagnóstico que suponen las siglas TDAH —que de suyo explican más bien poco— supone un alivio, porque permite a padres y educadores clasificar estos síntomas perturbadores en un marco aparentemente definido y con un tratamiento reglado. Pero el diagnóstico se aplica generalmente a niños que viven en un contexto de relativa normalidad, sin causas fisiológicas o sociales que permitan “explicar” el trastorno:

“No hay deformación cerebral, ni brotes psicóticos, ni maltrato de los padres, ni privaciones materiales de relevancia, no hay cargas post-traumáticas, sino más bien relaciones familiares y sociales discretas, y pese a todo un comportamiento que parecería indicar que alguna de estas causas o un poco de todas ellas estaría en juego” (pág. 37).

De ahí que, en lugar de atribuir esos comportamientos a un determinado síndrome o buscar sus supuestas causas en alteraciones cerebrales, trazando así un cordón sanitario entre esas conductas y nuestra “normalidad”, Türcke se proponga entender de dónde viene la creciente difusión de estos síntomas y qué es lo que está en juego en ellos.

“Está claro que ese fenómeno difuso para el que el TDAH es más bien una denominación de emergencia que un diagnóstico patológico preciso no puede comprenderse adecuadamente sin una teoría de la cultura en sentido amplio. El TDAH no es una enfermedad en un entorno sano, sino al revés: sólo donde hay una cultura de déficit de atención surge el TDAH” (pág. 70).

No estamos, por tanto, ante una desviación en un entorno “normal”, sino precisamente ante un cambio en la misma normalidad, en el régimen socio-cultural de la atención. De ahí el diagnóstico de una “cultura de déficit de atención”, que debe ser analizada y criticada como un todo. En este sentido, Türcke pone de manifiesto como la hiperestimulación de nuestra cultura audiovisual ha dado lugar a un régimen de atención caracterizado por la “distracción concentrada”. De hecho no hace falta pensar en el TDAH para percibir que algo drástico ha cambiado en nuestra

capacidad de concentración; basta pensar en las actuales condiciones de producción cultural, que cuentan en todo momento con un receptor distraído: los programadores de televisión saben que el espectador que cambiará de canal a la menor caída del nivel de tensión, los periódicos se vuelven cada vez más ricos en imágenes y colores y más parcos en texto para poder captar al lector y los cursos universitarios resultan inconcebibles si la exposición no va acompañada de presentaciones de Power Point cada vez más espectaculares. El mérito de TÜRCKE está en su capacidad de articular una interpretación unitaria de fenómenos aparentemente dispares, permitiendo leer en ellos una amenaza de regresión cultural y antropológica de gran calado, de la que el síndrome TDAH no sería sino un síntoma preliminar.

Para mostrar el calado de estas transformaciones en curso, TÜRCKE lleva a cabo una genealogía materialista de la atención. Y es que la capacidad de fijar la atención en un objeto determinado, más allá de los estímulos que actúan sobre el aparato perceptor en un determinado momento, no estaba dada en la naturaleza, y solo con gran esfuerzo pudo surgir y consolidarse como un rasgo característico de la especie humana. Fijar la atención en un punto, para luego ir más allá de los estímulos inmediatos, desarrollar la capacidad de concentración, después la imaginación y la capacidad de abstracción, para llegar finalmente al pensamiento abstracto: hasta que dichas disposiciones llegan a convertirse en un acervo estable de la especie el trayecto es largo y sumamente trabajoso. Los niños de hoy crecen en un entorno que les permite desarrollar esas aptitudes en apenas unos meses, pero a nivel filogenético la sedimentación de estas facultades –que hoy se revelan tan frágiles– ha sido un proceso milenario que ha costado enormes sacrificios en términos de introyección y un trabajo constante de repetición hasta que ésta cristaliza en costumbres y automatismos: un proceso que debió consumir literalmente los nervios de muchos individuos humanos en su trayecto hacia la aculturación. Y es que la hipótesis de TÜRCKE es que toda cultura es producto de la repetición incesante, ritual, que poco a poco se va sedimentando en instituciones, costumbres y facultades. En su origen solo puede estar una experiencia traumática, un terror primitivo de los seres humanos vulnerables ante una naturaleza prepotente, que se vio atemperado por una primitiva compulsión de repetición y poco a poco se fue sedimentando en la constitución de rituales¹. Su repetición va dando lugar a usos, costum-

¹ Partiendo de los estudios de Freud sobre las neurosis de guerra, TÜRCKE intenta la compulsión de repetición como un mecanismo por el que los individuos intentan movilizar a posteriori fuerzas que les permitan canalizar y hacer frente a estímulos que la desbordan. Así surgen los primeros

bres y rutinas que sientan las bases de las comunidades humanas, de la cultura y de las instituciones. Así es como se constituyen las prácticas e instituciones sociales y como se van desarrollando las facultades subjetivas.

Es la repetición lo que ha permitido que los seres humanos desarrollaran un peculiar sistema de asimilación de los estímulos. El cerebro humano no es una máquina de funcionamiento mecánico, sino un órgano caracterizado por su enorme plasticidad, por su capacidad de aprendizaje. Dicha plasticidad es el resultado de una interacción milenaria entre los individuos y su entorno, en cuyo transcurso se ha desarrollado la capacidad de adaptarse a nuevos estímulos, de aprender de comportamientos anteriores, dando lugar a patrones estables de comportamiento, etc. Sin duda esto también tiene sus límites, ante todo fisiológicos: la atención y la concentración requieren esfuerzo, dedicación, entrega, no pueden tensarse sin límite ni fragmentarse en un número ilimitado de objetos. El análisis genealógico-materialista del libro revela de forma impactante las consecuencias de la cultura contemporánea de la sobreestimulación. Tener que responder constantemente a nuevos estímulos que pugnan por captar la atención del sujeto, como ocurre en una cultura mediática que emite imágenes y sonidos a un *tempo* cada vez más acelerado, no permite que esos patrones de percepción, elaboración y respuesta se establezcan y se consoliden. Las respuestas de los órganos perceptivos se ven interrumpidas por nuevos estímulos antes de poder asimilar los anteriores. Si en los albores del cine Walter Benjamin había hablado de un “shock de la imagen” marcado por los constantes cambios de escenarios y planos, Türcke constata que dicho shock marca hoy el régimen de atención de la sociedad en su conjunto: “Una maquinaria audiovisual perfeccionada técnicamente está en marcha veinticuatro horas al día y emite sin cesar impulsos que buscan captar la atención, pero ya no repite el tipo de desarrollos que pueden sedimentarse en rituales y costumbres” (pág. 72). La exposición a estos constantes shocks tiene como consecuencia que la capacidad de atención se anquilose, se extenúe, y tenga cada vez mayores dificultades para centrarse en algo.

rituales, los ritos sacrificiales, que, al dar muerte a lo más querido, repiten el horror del que quieren escapar: “Se lleva a cabo algo espantoso para escapar del espanto, mediante la repetición incesante lo insoportable se vuelve poco a poco soportable, lo inconcebible concebible, lo insólito habitual” (pág. 16). El *telos* que guía la repetición es el intento de aplacar el terror. Cuando los seres humanos se preguntan por el sentido del sacrificio, que repite el horror para escapar de él, se abre el espacio de lo mental: imaginan un destinatario, un poder superior al que dirigen su acción: éste exigiría el sacrificio a cambio de su protección. El primer objeto fijo de la atención estaría por tanto en la esfera de lo sagrado, que es la que otorga sentido y promete salvación. Se trata de una esfera sin duda imaginaria, una alucinación, pero que responde a un terror absolutamente real (pág. 52 s.)

El resultado, según Türcke, es que estaríamos entrando en una fase de de-sedimentación: Facultades que han cristalizado como un acervo estable de la especie a lo largo de un largo proceso filogenético se vuelven de repente inestables, precarias, se tambalean. La historia natural de la especie se ve revertida en procesos que tienen lugar a una velocidad inaudita, y cuyas consecuencias apenas vislumbramos. De ahí la gravedad del régimen de “distracción concentrada”, de la que el TDAH sería tan solo un síntoma. Y es que Türcke pone de manifiesto que el tipo de “trastorno” que produce la nueva cultura de déficit de atención no afecta a la capacidad de asimilación de los estímulos como tal, sino a las condiciones mínimas de tranquilidad y continuidad que la hacen posible. Los individuos quedan cada vez más a merced de los estímulos, sin capacidad para hacerles frente; la facultad de distanciarse del *hic et nunc* de la sensación disminuye de forma drástica, y afecta incluso a la atrofia de la capacidad de representación —en un proceso que Türcke no duda en caracterizar “re-psicotización” (pág. 72 ss.)—. La capacidad de recogimiento, de entregarse a un objeto de experiencia, resulta cada vez más difícil. El principal afectado de este nuevo régimen de atención no es el cerebro, sino el sujeto de la experiencia, el Yo: “Éste se siente inquieto y percibe su dificultad de perseverar en una cosa, de recordar algo y construir frases claras como una profunda insuficiencia ante las expectativas de su entorno” (pág. 44). Lo que se manifiesta en la sintomatología del TDAH es, en definitiva, la amenaza de una regresión antropológica de un enorme calado.

Entre las mayores contribuciones del libro se cuenta, sin duda, la insistencia en la imposibilidad de disociar las facultades subjetivas del entorno en el que surgen; en el caso de la atención está claro que solo puede constituirse en común, y a nivel ontogenético en el contacto de los niños con sus personas de referencia. Türcke insiste en que el rasgo diferencial de la atención humana es la capacidad de compartirla con otros y dirigirla conjuntamente hacia un objeto:

“La cercanía entre padres e hijos, no meramente psíquica y emocional, exige que dirijan juntos su atención a algo que les cautive. Por eso es tan importante ojear juntos libros de dibujos, repetir pacientemente el nombre de los objetos, contar o leer en voz alta textos para niños. Se trata nada menos que de ritos de iniciación que inician a los niños en una comunidad humana de forma más específica que el nacimiento” (pág. 65).

De ahí que la creciente presencia de las pantallas en el ámbito familiar suponga una irrupción decisiva, que dificulta esta inserción en la comunidad:

“El niño no percibe aún la pantalla como el elemento captador de la atención que ella es para los adultos; el centelleo de la imagen y los ruidos que le acompañan no le dicen gran cosa. Pero percibe cómo la pantalla absorbe la atención de sus personas de referencia, cómo la dedicación de los padres se vuelve plana e irreal con las exigencias de atención de ese permanente telón de fondo” (pág. 65).

En cambio, el niño no encuentra en la pantalla nada en lo que fijar la atención; ésta se le aparece como un “foco de agitación audiovisual”: un estímulo “que centellea constantemente, pero no puede asir como una unidad de significado” (pág. 66). El resultado es que el niño no logra integrarse en la comunidad de atención, y este sería para TÜRCKE el trauma que muy probablemente está en la génesis de la hiperactividad: Allí donde los niños se han visto avasallados por el centelleo de las imágenes antes de poder asimilarlas da comienzo un obstinado intento de hacer frente a ese trauma que adopta la forma de una incesante inquietud motora. Eso les lleva a buscar alivio en esas mismas imágenes, de acuerdo con la lógica de la compulsión de repetición de origen traumático: de este modo las propias víctimas del régimen de atención se convierten en dóciles agentes que contribuyen a la generalización de la “distracción concentrada”.

Hasta aquí llega el análisis de TÜRCKE, que articula un diagnóstico poco alentador de las implicaciones de un régimen de atención que parece socavar los fundamentos de la capacidad de experiencia. Pero TÜRCKE no quiere contentarse con el mero diagnóstico. Por ello la segunda parte del libro articula una propuesta práctica, de intervención, que aspira a combatir esta tendencia socio-cultural que amenaza con destruir los fundamentos de la capacidad de experiencia — y que ya se manifiesta en patologías como la hiperactividad. El marco que elige para esta intervención es la escuela, y la propuesta es la articulación de una nueva disciplina. Su nombre: el estudio del ritual. En abierta polémica con los modelos pedagógicos que —en connivencia con la tendencia social— apuestan por la desregulación y la hiperindividualización de la enseñanza, TÜRCKE argumenta la necesidad de introducir estructuras de repetición, de constitución de rituales comunes, que permitan ofrecer resistencia a las tendencias sociales en curso. Para ello moviliza la lectura y la escritura, ejercicios de memoria, cuentos y representaciones teatrales, y lo hace con una innegable sensibilidad hacia un modelo de aprendizaje entendido como algo que supera barreras preexistentes, que capacita para nuevas tareas — y que no tiene nada que ver con la adquisición abstracta de capacidades o el *infotainment*.

Quizá algunos consideren sus propuestas osadas, tal vez insuficientes, probablemente utópicas. Pero aquí se formula un programa bien argumentado que articula estrategias viables y concretas para fortalecer la capacidad de experiencia y enriquecer en formas de pensamiento —algo que, al parecer, hoy ya sólo es posible a contrapelo—.

Lo inquietante de la cultura de déficit de atención, de este régimen de experiencia basado en la “distracción concentrada”, es que aún está en sus comienzos. En términos socio-culturales, no hay signos que permitan augurar un cambio de rumbo —y sí, por el contrario, una aceleración y una agudización de la tendencia en curso—. Los afectados por el llamado TDAH no son tanto el vagón de cola de la escuela contemporánea sino más bien la vanguardia de una tendencia evolutiva de la sociedad en su conjunto. Para poder hacerla frente necesitaremos a teóricos partisanos como Christoph Türcke, que no sólo son capaces de articular diagnósticos de largo alcance, sino también de plantear estrategias de resistencia a una amenaza de regresión generalizada.

Jordi Maiso

jordi.maiso@gmail.com